

XVI

DONDE SE HALLARÁ LA CANCIÓN, CON MÚSICA INGLESA,
Á LA MODA EN 1832

Marius se sentó sobre su cama. Serían como las cinco y media de la tarde. Sólo media hora le separaba de lo que iba á suceder. Oía latir sus arterias como se oye el golpeo de un reloj en la oscuridad. No cesaba de pensar en la doble marcha que se estaba haciendo en aquel momento en las tinieblas; el crimen avanzando por un lado, la justicia acudiendo por otro. No tenía miedo, pero no podía pensar en las cosas que iban á suceder sin experimentar cierto estremecimiento. Como á todas las personas á quienes de súbito viene á asaltar una aventura sorprendente, esta jornada entera le producía el efecto de un sueño, y para no creerse víctima de una terrible pesadilla, le era preciso sentir en los bolsillos de su pantalón el frío de las pistolas de acero.

Ya no nevaba; la luna, cada vez más clara, se desprendía de los nublados, y su resplandor, mezclado con el blanco reflejo de la nieve depositada en el suelo y en los tejados, daba á la pieza un aspecto crepuscular.

En el tabuco de Jondrette había luz. Marius veía el agujero del tabique brillar con una claridad rojiza que le parecía sangrienta.

Era indudable que aquella claridad no podía ser producida por una bujía. Por lo demás, ningún movimiento se notaba en la habitación de los Jondrette, nadie se movía en aquel zaquizamí, nadie hablaba, ni un soplo de respiración se apercibía, el silencio era allí glacial y profundo, y sin la presencia de aquella luz, creería uno hallarse allí al lado de un sepulcro.

Marius se quitó silenciosamente las botas y las puso bajo la cama.

Transcurrieron algunos minutos. Marius oyó la puerta de la calle girar sobre sus goznes, unos pasos, rápidos y fuertes, subieron la escalera y recorrieron después el corredor, el pestillo del tabuco se levantó con estrépito; era Jondrette que entraba.

Inmediatamente se hicieron oír varias voces. Toda la familia se hallaba reunida en su chiribitil. Sólo que guardaba el mayor silencio en la ausencia del amo, como los lobatos en ausencia del lobo.

— Soy yo, dijo.

— Buenas noches, bato¹, chillaron las muchachas.

— ¿Y bien?... dijo la madre.

— Todo marcha á las mil maravillas, respondió Jondrette, pero tengo un frío de perros en los pies. Bueno, eso es, te has vestido. Conviene mucho que puedas inspirar confianza.

¹ Padre.

— Estoy ya dispuesta como para salir.

— ¡No olvidarás nada de lo que te tengo dicho! lo harás todo bien, ¿eh?

— Descuida.

— Es que... dijo Jondrette. Y no acabó la frase.

Marius oyó que colocó un objeto pesado sobre la mesa: probablemente era el escoplo que había comprado aquella tarde.

— Ea, vamos, ¿se ha comido hoy aquí?

— Sí, dijo la madre, yo comí tres grandes patatas con sal. Me aproveché de la lumbre para hacerlas cocer.

— Bueno, repuso Jondrette, mañana os llevaré á comer conmigo. Habrá un pato, y ciertos accesorios. Comeréis como unos Carlos-Diez, ¡todo va perfectamente!

En seguida añadió bajando la voz:

— La ratonera está abierta. Los gatos están ahí.

Después volvió á bajar aún más la voz y dijo:

— Pon eso en la lumbre.

Marius oyó un ruido como de carbon golpeado con unas tenazas ó con otro instrumento de hierro, y Jondrette continuó:

— ¿Has dado de sebo á los goznes de la puerta, para que no hagan ruido?

— Sí, contestó la madre.

— ¿Qué hora es?

— Van á ser pronto las seis. La media acaba de dar en Saint-Médard.

— ¡Diablos! dijo Jondrette, es preciso que las chicas salgan ya á ponerse de acecho. Venid aquí, vosotras, y escuchad lo que voy á deciros.

Siguióse un cuchicheo.

La voz de Jondrette volvió á elevarse de nuevo:

— ¿Salió ya la Burgon?

— Sí, dijo la madre.

— Estás segura de que no hay nadie en el cuarto del vecino?

— No ha entrado en casa en todo el día, y ya sabes tú que esta es la hora en que él va á comer.

— ¿Estás segura?

— Segura.

— De todos modos, repuso Jondrette, nada se pierde en ir á su habitacion á ver si hay alguien. Muchacha, toma la vela y ve á ver si no hay nadie.

Dejóse caer Marius sobre sus manos y sus rodillas, y se fué arrastrando silenciosamente debajo de su cama.

Apénas se habia él agazapado allí, cuando notó una luz que pasaba por las rendijas de su puerta.

— Papá, gritó una voz, ha salido.

Esta voz la reconoció él por la de la hija mayor.

— ¿Has entrado dentro? preguntó el padre.

— No, contestó la hija, pero puesto que la llave está en la puerta, quiere decir que ha salido.

El padre gritó:

— ¡Entra sin embargo!

Abrióse la puerta, y Marius vió entrar en su cuarto á la mayor de las hijas Jondrette, con una vela de sebo en la mano. Estaba lo mismo que aquella mañana, sin más diferencia que la claridad nocturna la hacía más espantosa.

Marchó derecha hácia la cama. Marius sufrió un inexplicable momento de ansiedad, pero como habia cerca de la cama un espejo colgado á la pared, allí fué adonde ella se encaminó. Empinóse sobre las puntas de los piés y se puso á mirarse en él. Entre tanto, oíase resonar un ruido de hierros que removian en la habitacion inmediata.

Se atusó ella el pelo con la palma de la mano, y se sonreía al espejo al mismo tiempo que cantorreaba con su voz cascada y sepulcral:

Nuestros amores han durado toda una semana;
 ¡Pero cuán breves son los instantes de la dicha!
 Adorarse ocho días... ¡no valia la pena!
 ¡El tiempo de los amores debería durar siempre!
 ¡Debería durar siempre! ¡si siempre! ¡siempre!

Entre tanto Marius temblaba. Le parecia imposible que dejara ella de oír su respiración.

En seguida se dirigió ella hacia la ventana y miró afuera, hablando en alta voz, con aquellas maneras medio alocadas que tenia.

— ¡Qué feo está París cuando se pone una camisa blanca! decia.

Volvióse al espejo, y se puso de nuevo á hacerse muecas y carantoñas, contemplándose sucesivamente, ya de frente, ya de lado.

— ¡Vamos! gritó al padre, qué diablos haces ahí tanto tiempo?

— Estoy mirando debajo de la cama y de los muebles, contestó ella, mientras que continuaba arreglándose el pelo, no hay nadie.

— ¡Anda, alma de cántaro! berreó el padre, ¡ven aquí corriendo! y no perdamos el tiempo.

— ¡Ya voy! ¡ya voy! respondió. ¡No tiene una tiempo para nada allí en su barraca!

Y se puso aún á medio cantar:

Me abandonas para ir en busca de gloria,
 Mi triste corazón seguirá tus pasos por doquier,

Se dió una postrera mirada al espejo, y despues salió cerrando tras sí la puerta.

Al cabo de unos instantes, Marius oyó el ruido de los piés descalzos de las dos muchachas en el corredor y la voz de Jondrette que las gritaba:

— ¡Tened mucho cuidado con observar bien! una por el lado de la barrera, y la otra en la esquina de la calle del Petit-Banquier. Que no perdáis de vista ni un solo minuto la puerta de casa, y á la menor cosa que vierais, venis aquí en seguida! corriendo y volando! Tenéis vuestro llavin para entrar.

La hija mayor gruñó:

— Hacer centinela de noche, descalzas y sobre la nieve!

— ¡Mañana tendréis botitas de seda color de escarabajo! dijo el padre.

Bajaron la escalera, y algunos segundos despues, el choque de la puerta de la calle que se cerraba anunció que estaban fuera.

Ya no quedaba en la casa más que Marius y los Jondrette, y probablemente tambien los seres misteriosos entrevistos por Marius en el crepúsculo detras de la puerta del desvan inhabitado.

XVII

EMPLEO DE LA MONEDA DE CINCO FRANCOS DE MARIUS

Marius juzgó que había llegado el momento de volverse á su puesto en el observatorio. En un abrir y cerrar de ojos, y con la agilidad y destreza propias de su edad, se halló junto al agujero del tabique.

Se puso á mirar.

El interior del desvan de los Jondrette ofrecía un singular aspecto, pudiendo ya Marius explicarse la extraña claridad que él había notado. En un candelero viejo y cubierto de cardenillo estaba ardiendo una vela de sebo, pero no era ella la que realmente alumbraba. Todo aquel desvan se hallaba como iluminado por el reflejo de una grande estufa de hierro colado dispuesta en la chimenea y llena de carbon encendido. Era la estufa que la Jondrette había preparado aquella mañana. El carbon estaba ardiendo y la estufa enrojada, levantándose sobre

ella una llama azulada que ayudaba á distinguir la forma del escoplo comprado por Jondrette en la calle de Pierre-Lombard, el cual se hallaba todo él hecho un ascua enrojada en medio de las brasas. En un rincon junto á la puerta, y como dispuestos para un uso previsto, veíanse dos montones que parecían ser, el uno de hierro viejo y el otro de cuerdas. Para cualquiera que no hubiera sabido nada de lo que allí se preparaba, todo aquello le habría hecho flotar el espíritu entre una idea muy siniestra y una idea muy sencilla. Aquel tabuco así iluminado parecía más bien una fragua que una boca del infierno: pero Jondrette, al resplandor de aquella luz, tenía más bien trazas de un demonio que de un herrero.

El calor de aquel brasero era tal, que la vela de sebo que se hallaba sobre la mesa se derretía por el lado de la estufa y se consumía en forma de bisel. Una linterna sorda de cobre, vieja, digna de Diógenes transformado en Cartouche, se hallaba sobre la chimenea.

Colocada en el mismo hogar, al lado de los tizones casi apagados, la estufa enviaba su vapor al tubo de la chimenea y no daba olor ninguno.

La luna, que penetraba por los cuatro vidrios de la ventana, esparcía su blanca luz en aquel desvan alumbrado por llamas rojas y purpurinas; y para el espíritu poético de Marius, soñador aún en el momento mismo de la accion, era como un pensamiento del cielo mezclado con los delirios disformes de la tierra.

Un soplo de viento, que penetraba por el vidrio roto, contribuía á disipar el olor del carbon y á disimular la estufa.

La guarida Jondrette, si se tiene presente lo que hemos dicho de la casucha Gorbeau, había sido admirablemente escogida para servir de teatro á un hecho violento y sombrío, para encubrir un crimen. Era el cuarto más in-

terior en la casa, más aislada del boulevard más desierto de París. Si la emboscada no existiera allí, se la habría inventado.

Todo el espesor de una casa y una porción de cuartos inhabitados separaban aquel tabuco del boulevard, y la única ventana que tenía daba sobre unos terrenos vagos cercados de paredes y de empalizadas.

Jondrette había encendido su pipa, y estaba fumando, sentado en la silla desfongada. Su mujer le hablaba en voz baja.

Si Marius hubiera sido Courfeyrac, es decir, uno de esos hombres que se rien en todas las ocasiones de la vida, habría soltado una carcajada en el momento en que sus ojos se fijaron en la Jondrette. Tenía puesto un gorro negro con plumas, bastante parecido á los sombreros de los heraldos ó reyes de armas de la coronación de Carlos X, un enorme pañolón de tartan sobre su refajo de punto, y los zapatos de hombre que su hija había desdeñado aquella mañana. Tal era la *toilette*, que había arancado á Jondrette la exclamación: *¡ Bueno! te has vestido! has hecho muy bien. ¡ Es preciso que puedas inspirar confianza!*

Por lo que hace á Jondrette, no había abandonado su gabán nuevo y demasiado ancho para él que el señor Leblanc le había dado, y su traje continuaba ofreciendo aquel contraste de la levita y del pantalon que, según Courfeyrac, constituye el ideal del poeta.

De repente levantó la voz Jondrette y dijo:

— Á propósito, estoy pensando que con el tiempo que hace, va á venir el fiacre. Enciende el farol, tómale y baja. Te estarás aguardándole detrás de la puerta de la calle. En el momento en que oigas que se pára el coche, abrirás corriendo, él subirá, tú le alumbrarás en la escalera y en el corredor, y mientras que él entra aquí, vol-

verás á bajar á toda prisa, pagarás al cochero y despedirás el fiacre.

— ¿ Pero y con qué dinero he de pagar? preguntó la mujer.

Jondrette metió las manos en los bolsillos de su pantalon, sacó una moneda de cinco francos, y se la entregó

— ¿ Qué viene á ser esto? exclamó ella admirada de ver aquella moneda.

Jondrette respondió con dignidad:

— Es el monarca que dió el vecino esta mañana.

Y añadió:

— ¿ Sabes que se necesitan aquí dos sillas?

— ¿ Para qué?

— Para sentarse.

Marius sintió un estremecimiento que le corría por los riñones, al oír á la Jondrette dar esta tranquila respuesta:

— ¡ Pardiez! Iré por las del vecino.

Y con un movimiento rápido abrió ella la puerta del desvan y salió al corredor.

Marius no tenía materialmente el tiempo necesario para descender de la cómoda, llegar hasta su cama y ocultarse.

— Toma la vela, dijo Jondrette.

— No, respondió ella, me estorbaria, tengo que traer las dos sillas. La luna alumbrá bien la pieza.

Marius oyó la pesada mano de la Jondrette buscando á tientas la llave de su cuarto en la oscuridad. La puerta se abrió. Él permaneció clavado en su puesto, y como sobrecogido de estupor.

La Jondrette entró.

La ventana abobardillada que tenía el cuarto dejaba pasar un rayo de luna entre dos grandes lienzos de sombra. Uno de estos lienzos de sombra cubría enteramente la

pared en la cual se hallaba apoyado Marius, de modo que él desaparecía entre aquella oscuridad.

La Jondrette alzó los ojos, no vió á Marius, tomó las dos sillas, las únicas que Marius poseía, y se marchó con ellas, dejando cerrar la puerta ruidosamente tras de sí.

Volvió á entrar en su habitación y dijo :

— Aquí están las dos sillas.

— Y aquí tienes el farol, repuso el marido. Baja á toda prisa.

Obedeció ella sin demora, y Jondrette quedó ya solo.

Colocó las sillas á los dos lados opuestos de la mesa, dió vuelta al escoplo en la estufa, puso delante de la chimenea una média mampara vieja, que tapaba la estufa, despues se dirigió al rincón donde estaba el montón de cuerdas, y se agachó allí como para examinar algo. Marius reconoció entónces que lo que él habia creído ser un montón informe, no era sino una escala de cuerda bien hecha, con sus peldaños de madera y dos garfios para engancharla.

Aquella escala y algunas otras grandes herramientas, verdaderas mazas de hierro, que estaban mezcladas en el montón de herraje hacinado detras de la puerta, no se hallaban aquella mañana en el desván de los Jondrette; sin duda los habian traído por la tarde, miéntras que Marius estaba ausente.

— Son útiles como de una herrería de corte, dijo Marius para sí.

Si Marius hubiera sido algo más versado en este género, habria reconocido desde luégo, en aquello que él tomaba por herramientas de fragua-cuchillería, ciertos instrumentos destinados á forzar una cerradura ó á vencer una puerta, y otros á propósito para cortar ó tajar, los dos géneros de útiles siniestros que los ladrones llaman *clauca* y *ye-plai*.

La chimenea y la mesa con las dos sillas se hallaban por casualidad en frente de Marius. Una vez tapada la estufa, el cuarto no se alumbraba ya sino por la vela de sebo; el menor tiesto sobre la mesa ó sobre la chimenea formaba una sombra bastante grande. Un jarro de agua roto oscurecía la mitad de una pared. Existía en aquel desván cierta calma horrible y amenazadora. Parecía esperarse allí algun suceso espantoso.

Jondrette habia dejado apagar su pipa, lo que era ya un signo grave de preocupacion, y habia vuelto á sentarse. La vela hacía resaltar los ángulos agudos y feroces de su semblante. Tenía ciertos fruncimientos ó arqueos de cejas, y brascas dilataciones de la mano derecha, como si respondiera á los últimos consejos de un monólogo interior sombrío. En una de estas oscuras réplicas que él mismo se daba, tiró repentinamente hácia el del cajón de la mesa, sacó un cuchillo grande de cocina que tenia allí guardado, y se puso á probar si cortaba bien, ensayándole en sus uñas. Hecho esto, volvió á meter el cuchillo en el cajón, y empujó este bajo la mesa.

Marius á su vez echó mano á la pistola que tenia en el bolsillo de la derecha, la sacó y la montó.

La pistola, al montarla, hizo un pequeño ruido, claro y seco.

Jondrette se estremeció y se medio incorporó sobre su silla :

— ¿ Quién está ahí ? exclamó.

Marius recogió su aliento, Jondrette quedó escuchando un instante, y despues se echó á reír diciendo :

— ¡ Qué tonto soy ! Es el techo que cruje.

Marius conservó la pistola en la mano.



XVIII

LAS DOS SILLAS DE MARIUS FRENTE A FRENTE

La lejana y melancólica vibración de una campana vino de improviso á sacudir las vidrieras de aquel misterioso aposento. Eran las seis que daban en el reloj de San Medard.

Jondrette marcó cada campanada con un movimiento de cabeza. Cuando hubo sonado la sexta, despaviló la vela con sus dedos.

En seguida se puso á dar paseos por el cuarto, á escuchar en el corredor, á pasear otra vez, y despues á escuchar de nuevo:

— ¡ Con tal que él venga ! refunfuñó impaciente ; y se volvió á sentar.

Apénas habia acabado de sentarse cuando se abrió la puerta del cuarto.

La Jondrette la habia abierto, y permanecía en el corre-

dor haciendo horribles gesticulaciones de amabilidad que uno de los agujeros de la linterna sorda alumbraba desde abajo.

— Entre usted, señor, decia ella.

— Entre usted, mi bienhechor, repitió Jondrette levantándose precipitadamente.

El señor Leblanc entró al fin.

Traia un aspecto tranquilo y sereno, que le hacia singularmente venerable.

Puso sobre la mesa cuatro luises.

— Señor Fabantou, dijo, aquí tiene usted para el pago de su alquiler, y para sus primeras necesidades. Despues veremos y provereemos tambien.

— ¡ Que Dios se lo pague, mi generoso bienhechor ! exclamó Jondrette y acercándose rápidamente á su mujer:

— ¡ Anda ve á despedir el sacre !

Ella se esquivó mientras que su marido prodigaba los saludos y cumplidos ofreciendo una silla al señor Leblanc. Al cabo de unos instantes, volvió ella junto á él y le dijo al oido :

— Ya está hecho.

Tan espesa era la nieve que no habia cesado de caer desde aquella mañana, que ni se habia oido llegar el sacre, ni tampoco se le oyó marchar.

Entre tanto el señor Leblanc se habia sentado.

Jondrette á su vez habia tomado posesion de la otra silla, en frente del señor Leblanc.

Para formarse ahora una idea exacta de la escena que va á seguir, figúrese el lector en su mente la noche helada, las vastas soledades de la Salpêtrière cubiertas de nieve y blanqueando á la claridad de la luna como inmensos sudarios, la débil luz de lamparilla que despedian los reverberos enrojeciendo acá y acullá aquellos boulevards trágicos y las largas hileras de álamos negros, ni un solo

transeunte tal vez en el radio de un cuarto de legua, la casucha Gorbeau en su máximum de silencio, de horror y de noche, y en aquella casucha, en medio de aquellas soledades, en medio de aquella sombra, el vasto desvan de los Jondrette alumbrado por una vela de sebo, y en aquel desvan dos hombres sentados á una mesa, el señor Leblanc tranquilo, Jondrette sonriendo y espantoso, la Jondrette, la loba de aquella guarida, en un rincon, y detras de un tabique, Marius, invisible, de pié, procurando no perder ni una sola palabra, ni un solo movimiento, con la vista en accho, y la pistola en la mano.

Por lo demas, Marius no experimentaba sino una emocion de horror, pero ningun temor. Empuñaba la culata de su pistola, y se contemplaba seguro. — Yo detendré á ese miserable cuando quiera detenerle, decia él para sí.

Estaba persuadido de que la policia se hallaba por allí cerca, en alguna parte, puesta de emboscada, y esperando la señal convenida, pronta á tender su brazo.

Tambien esperaba que, de este encuentro violento del señor Leblanc y de Jondrette, se derramaria alguna luz sobre todo aquello que á él le interesaba tanto conocer,

XIX

PREOCUPARSE DE LOS FONDOS OSCUROS

Apénas se hubo sentado, dirigió el señor Leblanc la vista hácia los camastros, que estaban vacíos.

— ¿Cómo está la pobre niña herida? preguntó.

— Mal, — respondió Jondrette con una sonrisa afligida y agradecida á la vez, haciendo unos grotescos pucheros de compasion por su hija y de reconocimiento por su bienhechor, — muy mal, digno señor. Su hermana la mayor la ha llevado á la Bourbe para que la hagan la cura. Ya las verá usted, pues no tardarán en entrar.

— ¿La señora Fabantou me parece que está mucho mejor? añadió el señor Leblanc dirigiendo una mirada sobre la extraña vestimenta que tenia puesta la Jondrette, la cual, de pié entre él y la puerta, como si estuviera ya guardando la salida, le consideraba en una actitud de amenaza y casi de combate.

— Se está muriendo, dijo Jondrette; pero, ¿qué quiere usted, señor! tiene tanto ánimo esta mujer! Esto no es una mujer, es un buey.

La Jondrette, enternecida del cumplimiento, contestó con cierta gazmoñería y con remilgos de monstruo lisonjeado:

— ¡Tú eres siempre demasiado bueno para mí, señor Jondrette!

— Jondrette, dijo el señor Leblanc, ¿yo creía que usted se llamaba Fabantou?

— Fabantou, alias Jondrette! repuso vivamente el marido. ¡Apodo de artista!

Y lanzando á su mujer un encogimiento de hombros que no vió el señor Leblanc, prosiguió despues con una inflexion de voz enfática y cariñosa:

— ¡Ah! es que nosotros siempre nos hemos llevado muy bien, sin el menor disgusto matrimonial, mi querida esposa: ¿y yo! ¿Qué es lo que nos quedaria, si no tuviéramos eso siquiera? Somos tan desgraciados, mi respetable señor! ¡Tiene uno brazos, pero le falta el trabajo! Tiene uno ánimo, pero no puede emplearle, no tiene en qué! Yo no sé cómo se arregla el gobierno para eso, pero, por mi honor, caballero, que yo no soy ningun jacobino, no señor, yo no soy ningun busingote¹, no le quiero mal, pero si yo fuera gobierno, le doy á usted mi palabra más sagrada de que todo esto se arreglaría mucho mejor. Le pondré á usted un ejemplo: yo he querido hacer que mis hijas aprendan el oficio de cartonería. Usted me dirá: ¡Cómo! ¿un oficio? Sí, señor, un simple oficio! ¡un gana-pan! ¡Qué triste situacion! Vea usted, ¡qué decadencia, mi bienhechor! ¡Qué degradacion, cuando uno ha sido...! lo que éramos ántes! ¡Ah! ya nada nos queda de nuestros

¹ Emplea este nombre, porque era el que dal an en 1830-31 á los republicanos, que adoptaron como distintivo el sombrero marino.

tiempos de prosperidad! Nada más que una sola cosa, un cuadro en cuya conservacion tengo yo el mayor interes, pero que, sin embargo, me desharé de él, pues al fin y al cabo, es menester vivir! Ítem, es menester vivir!

Mientras que Jondrette hablaba de esta manera, con una especie de aparente desórden que en nada amenguaba la expresion reflexiva y sagaz de su fisonomía, Marius levantó los ojos y distinguió en el fondo de la pieza á una persona á quien él no habia visto aún. Un hombre acababa de entrar, tan callandito, que no habian oido girar los goznes de la puerta. Aquel hombre llevaba un chaleco de se punto morado, viejo, usado, manchado, cortado y formando bocas abiertas en todas sus arrugas, un ancho pantalon de pana, alpargatas en los piés, sin camisa, con el cuello desnudo, los brazos desnudos y marcados, y la cara tiznada. Habíase sentado silenciosamente, cruzando los brazos, sobre la cama más inmediata, y convenia á estar así detras de la Jondrette, no se le distinguia sino confusamente.

Esa especie de instinto magnético que advierte á la mirada hizo que el señor Leblanc se volviese casi al mismo tiempo que Marius, y no pudo ménos de experimentar cierto movimiento de sorpresa que para Jondrette no pasó desapercibido:

— ¡Ah! ¿ya caigo! exclamó Jondrette abotonándose con cierto aire de complacencia, ¿usted mira su levita? ¡Me está muy bien! á fe mía que me asienta perfectamente!

— ¿Qué hombre es ese? dijo el señor Leblanc.

— ¿Eso? repuso Jondrette, es un vecino. No haga usted caso.

El vecino tenía un aspecto singular. Sin embargo, en el arrabal de Saint-Marceau abundan las fábricas de productos químicos. Muchos obreros de estos establecimientos pueden tener la cara ennegrecida. Por lo demas, toda

la persona del señor Leblanc respiraba una confianza cándida é intrépida; y añadió :

— Dispense usted, ¿ qué es pues lo que me estaba usted diciendo, señor Fabantou ?

— Le decia á usted, mi buen señor y querido protector, replicó Jondrette, apoyándose de codos sobrela mesa y contemplando al señor Leblanc con ojos fijos y tiernos, muy semejantes á los ojos de una serpiente boa, le decia á usted que tengo un cuadro que vender.

Un ligero ruido se hizo oír en la puerta. Un segundo y no ménos siniestro personaje acababa de entrar y de sentarse sobre la cama, detras de la Jondrette. Como él primero, tambien este tenia los brazos desnudos y una máscara de tinta ó de hollin.

Bien que este hombre se hubiese literalmente escurrido en el cuarto, no pudo hacer que el señor Leblanc dejara de notarle.

— No haga usted caso, dijo Jondrette. Son gentes de casa. Decia, pues, que me queda aún un cuadro precioso... Va usted á verlo, caballero, mire usted.

Se levantó, dirigióse á la pared contra la cual se hallaba apoyada la tabla ó marco de que ya hemos hablado, y le volvió de frente, dejándole siempre apoyado en la pared. Era en efecto una cosa que se parecia á un cuadro y que la vela apenas alumbraba. Marius no podia distinguir nada, pues Jondrette se habia colocado entre el cuadro y él; sólo entreveia allí un mamarracho groseramente embadurnado, donde habia una especie de personaje principal iluminado con la crudeza chillona de los lienzos foráneos y de las pinturas de biombos y mamparas.

— ¿ Y qué viene á ser eso ? preguntó el señor Leblanc. Jondrette exclamó :

— ¿ Esto ? una pintura de maestro, un cuadro de gran precio, mi bienhechor ! yo le quiero como á mis dos hi-

jas, me renueva ciertos recuerdos ! pero, ya se lo he dicho á usted, y no me vuelvo atras, soy tan desgraciado, que me desharé de él.

Bien fuese por casualidad, ó bien porque empezase él á concebir alguna inquietud, mientras que examinaba el cuadro, la mirada del señor Leblanc volvió á dirigirse hácia el fondo de la pieza. Ahora habia ya cuatro hombres, tres sentados sobre la cama, y uno de pié, junto á las jambas de la puerta, todos cuatro con los brazos desnudos, inmóviles, tiznadas las caras. Uno de los que se hallaban sentados sobre la cama se apoyaba en la pared, con los ojos cerrados, parecia como que estaba dormido. Este era viejo. Sus cabellos blancos sobre su rostro negro le hacian horrible. Los otros dos parecian jóvenes; el uno era barbudo y el otro peludo ó greñudo. Ninguno de ellos llevaba zapatos; los que no llevaban alpargatas iban descalzos.

Jondrette observó que las miradas del señor Leblanc se dirigian á aquellos hombres.

— Son amigos. Todo eso es de aquí de la vecindad. Están tiznados porque trabajan con carbon. Son fumistas, deshollinadores. No se ocupe usted de ellos, mi bienhechor, pero cómpreme usted mi cuadro. Compadézcase usted de mi miseria. No se le venderé á usted caro. ¿ En cuánto le estima usted ?

— Pero si eso, — dijo el señor Leblanc mirando á Jondrette de reojo y como un hombre que principia ya á ponerse en guardia, — es alguna muestra de bodegon ó de taberna, que valdrá, á lo más, unos tres francos.

Jondrette contestó con dulzura :

— ¿ Tiene usted ahí su cartera ? yo me contentaré con tres mil francos.

El señor Leblanc se puso de pié, se apoyó de espaldas contra la pared y paseó rápidamente su mirada por aquel

desvan. Tenía á Jondrette á su izquierda, por el lado de la ventana, y á la Jondrette y los cuatro hombres á su derecha, por el lado de la puerta. Los cuatro hombres no se movían, y ni siquiera daban indicios de verle; Jondrette había vuelto á proseguir hablando, con un acento plañidero, con la pupila tan vaga y la entonación tan lamentable, que el señor Leblanc podía creer buenamente que aquel sér que tenía en su presencia no era otra cosa que un hombre á quien la miseria había trastornado el juicio un pobre demente, y nada más.

— Si usted no me compra el cuadro, querido bienhechor decía Jondrette, me hallaré sin recursos de ninguna especie, no me queda más arbitrio que echarme al río. Cuando yo pienso que he querido hacer que mis dos hijas aprendan el oficio de cartonería medio-fina, el cartonaje de las cajas de aguinaldo. Pues bien! se necesita una mesa, con una tabla en el fondo, para que los vasos no caigan al suelo; se necesita un horno, hecho expresamente con ese objeto, una vasija con tres divisiones, para los diferentes grados de fuerza que debe de tener la cola, según que se la emplea para la madera, para el papel, ó para las telas, un tranchete para cortar el carton, un molde para ajustarle, un martillo para clavar las puntas de acero, pinceles, el diablo y la manta, ¡ qué sé yo cuántas cosas más !; y todo ello para ganar cuatro sueldos por día !; y se trabaja catorce horas! y cada caja pasa trece veces por las manos de la obrera! ¡ y mojar el papel! ¡ y cuidado con manchar nada! ¡ y que la cola esté caliente! ¡ el diablo que los lleve á todos ellos !; ya le digo á usted! ¡ cuatro sueldos diarios !; ¿ cómo quiere usted que se viva así ?; Impossible !

Mientras que esto decía, Jondrette no miraba al señor Leblanc, que le observaba atentamente. Los ojos del señor Leblanc estaban fijos en Jondrette, y los ojos de Jondrette fijos en la puerta. Entretanto Marius llevaba jadeando su

atención y sus miradas del uno al otro. El señor Leblanc parecía preguntarse: ¿ Es este hombre algún idiota? Jondrette repetía dos ó tres veces con toda especie de inflexiones variadas en el género rastrero y suplicante: ¡ No me queda más recurso que echarme al río! ¡ el otro día bajé ya tres escalones para hacerlo, junto al puente de Austerlitz!

De improviso se iluminó su apagada pupila con una horrible llamarada; aquel hombrecillo se levantó y apareció espantoso, dió un paso hácia el señor Leblanc y le gritó con voz atronadora:

— ¡ No hablemos ya más de esto! ¿ es que usted no me conoce?